# El decapitado de Mandeville

Manuel Quintero Pérez

# El decapitado de Mandeville

Manuel Quintero Pérez

Avant
editorial

Primera edición, marzol de 2024
©Manuel Quintero Pérez, 2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-10236-05-9
IBIC: FF
DEPÓSITO LEGAL: M-7959-2024

*A mis padres, que me dieron el regalo de los sueños*
*y el coraje para perseguirlos.*

*«La espada silba, la cabeza cae, la sangre brota, el hombre ya no existe».*

Dr. Joseph-Ignace Guillotin

# 1

La señora Samantha Jackson, una afroamericana cincuentona de buena presencia, no pudo contener el grito cuando descubrió el cadáver. Después de muchos años como enfermera de urgencias pensaba que ninguna miseria humana podría sorprenderla. Había visto el estrago de las heridas más atroces y de las enfermedades más repugnantes. Nunca olvidó una de sus primeras experiencias: aquella joven con un traumatismo craneoencefálico masivo a la que le faltaba la parte posterior de la cabeza. Lo que quedaba de su cerebro se desparramaba sobre la nuca. Le tocó envolver la cabeza en un plástico y ponerle unas vendas para que los padres no vieran el estropicio. Tampoco olvidó a la niña de seis años a la que tuvieron que extirpar el útero debido a una hemorragia por violación. «Solo los que hemos trabajado en urgencias sabemos qué es estar cubiertos con la sangre y la mierda de otra persona», repetía.

Ni los casos más espeluznantes, ni haber recibido puñetes y amenazas de pacientes y familiares de pacientes, afectaban su buen talante. En el hospital era célebre por mantener la serenidad en las situaciones más desesperadas. «Tuve gente a la que se le reventaban las arterias delante de mí, y sabía que morirían

desangrados en cuestión de minutos. No importa lo preocupada que yo estuviera, les decía con voz calmada: Ok, déjame llamar al médico para que venga a ver eso.»

Samantha Jackson pensaba haberlo visto todo, o casi todo. Excepto aquel cuerpo mutilado reposando sobre un charco de sangre. Lo que provocó su alarido no fue el cadáver, sino la ausencia de la cabeza. No estaba a un lado del cuerpo, ni en ninguna otra parte, aunque se abstuvo de buscarla más allá de la sala de estar. Después del chillido de espanto, recuperó la compostura y llamó al 911. Entonces, salió de la casa y se acomodó en uno de los sillones del porche a fumar un cigarrillo y esperar la llegada de la caballería.

# 2

El escuadrón de homicidio de Mandeville lo forman un sargento y tres detectives, suficientes para hacerse cargo de los pocos crímenes violentos que ocurren en esa parroquia. Cuando hablan a los medios, los policías de Mandeville se jactan de su alto índice de resolución de delitos y nunca dejan de señalar que los solventan ellos solos, sin ayuda de sus colegas al sur del lago Pontchartrain. Pero una semana antes, el escuadrón de homicidios había sido diezmado cuando dos de sus detectives fueron baleados en una persecución. Uno de ellos murió y el otro resistía en la sala de cuidados intensivos. Reducidos a la mitad de sus efectivos, se tragaron su orgullo y pidieron ayuda a nuestro departamento en Nueva Orleans.

El capitán Oliver Bradley, jefe de la Brigada de Homicidios, preguntó a gritos quién estaría disponible para echarles una mano a esos «imbéciles arrogantes de Mandeville». Cuando no tuvo respuesta de otros detectives, Bradley se acercó a mi escritorio. Yo había cerrado un caso y pedido dos días de respiro a partir de ese martes. «Greg, parece que los últimos meses del año van a ser menos complicados y podrás tener tus vacaciones», dijo. El pronóstico era que cerraríamos el año con ciento

cuarenta o ciento cincuenta asesinatos, el total más bajo desde 1971. Así que en 2018, Nueva Orleans sería la tercera ciudad con las tasas de asesinatos más altas del país, después de Saint Louis y Baltimore. Solo Detroit competiría con nosotros por la medalla de bronce.

Hice el recorrido por la Calzada del Pontchartrain, como les llaman a esos puentes paralelos que cruzan el lago y conectan Metairie con Mandeville. Faltaba poco menos de una hora para la puesta del sol y la temperatura era agradable gracias el viento que soplaba desde el norte. Disfruté la vista ocasional de pelícanos y cormoranes, y de esbeltos veleros que surcaban las aguas azul verdosas del lago.

Un Ford Corona Victoria con las insignias del departamento de policía de Mandeville bloqueaba el acceso a la calle Laurel. Mostré la placa, seguí un centenar de metros y estacioné detrás del furgón de la Unidad de Escena del Crimen.

La casa estaba ubicada en un lote extenso al final de la manzana. Tenía un cobertizo delantero muy amplio sostenido por columnas, fachada de paredes de piedra sin revestimiento y techo de tejas a dos aguas. Una choza de medio millón de dólares asomada al lago. Me calcé los guantes y los cubre zapatos cuando salí del auto. Me adentré en la propiedad por el caminito empedrado que discurría entre setos de crisantemos y dalias y parches de hierba seca.

El capitán Russell Cooper me esperaba en el porche. El jefe de policía de Mandeville es un hombre alto y fuerte, de facciones bien definidas, cabello rubio cortado al cepillo y ojos pensativos de color azul oscuro. Me presenté, nos saludamos con un apretón de manos y el capitán me pasó un papelito.

—El occiso se llama Aaron Herzberg. Un viudo septuagenario. La enfermera Jackson descubrió el cadáver a eso de las dos de la tarde, llamó al 911 y vinimos enseguida. Ella estaba afuera

y nos aseguró que no había tocado el cuerpo ni ninguna otra cosa dentro de la casa. Encontramos al susodicho decapitado en medio de la sala con una toalla alrededor del cuello. Parece que al asesino le dio pena dañar el parqué. No sabemos la causa exacta de su muerte, porque la cabeza no ha aparecido. Pero se supone que uno se muere si le cortan la cabeza, ¿no es cierto?

—Creo que estoy de acuerdo —dije.

—No hay señales de entrada forzada, ni signos de lucha dentro de la casa, y nada parece faltar o estar fuera de lugar. En la mesa hay una partida de ajedrez empezada. Sus medicamentos están en su sitio. La SIG Sauer de Aaron estaba en la mesita de noche, con los cartuchos intactos en el cargador.

—¿Qué pasó con la alarma?

—La propiedad tiene un sistema contra robos, incendios, inundaciones, ya sabe. Al parecer, estaba desactivado. Las alarmas son un dolor de cabeza para algunas personas, sobre todo de la edad de Aaron.

No era el primer caso que escuchaba de propietarios que mantenían sus alarmas apagadas mientras estaban en casa para no activarlas accidentalmente. Luego olvidaban activar el sistema cuando se iban a la cama. Sobre todo si habían bebido unas copas de más.

—Pedimos ayuda a los colegas de la canina de la parroquia de St. Tammany. Lo jodido es que el nuevo sheriff tuvo la pésima idea de reducir a la mitad la plantilla de esa unidad. Por recortes del presupuesto, claro. Se quedaron con tres perros y no dan abasto.

Dejó escapar un gruñido de frustración.

—Demoraron una buena hora y media en aparecer, cuando ya los colegas de la escena del crimen estaban trabajando dentro y fuera de la casa. El oficial de la canina preguntó si teníamos algo que el criminal hubiera sostenido para usarlo como

un artículo de olor. No teníamos idea de qué habría tocado el asesino dentro de la casa, solo esa toalla con la sangre de Aaron. Que no servía para un carajo. El oficial dijo que la escena estaba contaminada, que debimos esperar por ellos antes de entrar, bla, bla, bla. El perro estuvo dando vueltas alrededor de la casa y por fin fue hasta el muelle. Supongo que siguiendo el olor de Aaron.

Al pie de la escalera que accedía al pórtico y a la puerta principal, un oficial anotó el número de mi placa y me pidió que firmara en el registro de incidentes. Cumplida la formalidad, seguí a Cooper al interior. La sala de estar era espaciosa, con techos altos abovedados. El conjunto de sofás tenía marcos de madera preciosa y forros de cuero. Desplegado sobre uno de los sofás, un titular de *USA Today* advertía que el huracán Michael podría convertirse en una tormenta catastrófica antes de tocar tierra en el Panhandle de Florida ese miércoles. Dispersos por la casa, los técnicos de criminalística trabajaban las superficies en busca de huellas.

—El forense anticipó que lo mataron entre las diez de la noche del lunes y las primeras horas de hoy —dijo Cooper y señaló una mancha carmesí oscura en el pulido piso de madera oscura—. El cuerpo estaba entre esos dos sofás, desnudo y boca arriba.

—¿Están seguros de que no robaron? —pregunté.

—La caja de seguridad está cerrada, estamos esperando al cerrajero. En la billetera de Aaron encontramos sus tarjetas de crédito y doscientos cincuenta pavos. El móvil apareció en el cuarto de baño, sin la batería. Hay unos cuadros en la biblioteca, pero sospecho que son copias que no valen demasiado.

Un hombre alto y delgado salió de una habitación y vino a mi encuentro. Su cara estaba arrugada y era fea, sin excusa. Llevaba los galones de sargento en ambas mangas de la camisa de uniforme. Cooper hizo las presentaciones y estreché la mano de Matt

Hamblin, el jefe del Escuadrón de Homicidios de Mandeville. Se sacó la gorra para que viera su pelo pajizo cortado a lo militar.

—Supongo que quiere echar una ojeada —murmuró Hamblin con poco entusiasmo. Había algo parecido a una mirada hostil en sus pequeños ojos azules.

Asentí y le dije que podía hacerlo por mi cuenta. La cocina tenía electrodomésticos de acero inoxidable, encimeras de cuarcita y gabinetes a medida. En el comedor adyacente había una mesa, una vitrina y seis sillas. En la suite había una cómoda de madera de cerezo y un espejo de pared con detalles tallados a mano. La cama matrimonial estaba flanqueada por sendas mesas de noche con sus lámparas respectivas. Una puerta interior daba acceso a un baño con una bañera inmensa, una ducha separada y tocadores dobles. Nada parecía estar fuera de lugar. La ropa interior de Aaron estaba doblada con esmero en las gavetas de la cómoda. Las mesas de noche contenían una linterna, frascos de loción humectante, ediciones recientes de *Golf Digest* y *Newsweek* y un ejemplar de *Fear*, el bestseller de Bob Woodward sobre la presidencia de Trump lanzado simbólicamente ese último 11 de septiembre.

Había tres dormitorios con sus respectivos baños en la planta alta. Todos muy limpios, con sábanas de satén cubriendo las camas y las cortinas corridas, cerrándole el paso a la luz solar. Parecía que nadie había pernoctado en esos dormitorios ni usado esos baños en las últimas semanas. Al fondo del pasillo entre los dormitorios estaba la terraza con vistas al Pontchartrain. El patio trasero se extendía hasta la orilla del lago, iluminado por el albor intimista del crepúsculo. Terminaba junto a un muelle, al que estaba atracado un yate. La embarcación se movía dulcemente al compás de las olas.

Regresé a la sala y deambulé de un lado al otro procurando no incordiar a los técnicos. Me detuve junto a la mesa-tablero

donde las fichas de ajedrez formaban un patrón intrincado. A un lado reposaba *Bobby Fischer enseña ajedrez*, un libro de acertijos escrito por el que fuera imbatible campeón mundial. *A mi padre Aaron, de su oveja descarriada*, estaba escrito con trazos nerviosos en la guarda. Debajo aparecía un nombre seguido de una fecha: *George, 24 de diciembre, 2014*.

Abandoné la sala de estar y entré en la biblioteca. Un escritorio y una silla de cuero ocupaban el centro de la pieza y dos paredes estaban tapizadas con estanterías repletas de libros. Los técnicos habían cargado con la computadora portable de Aaron, dejando la alfombrilla de ratón. A un lado de la alfombrilla descansaba un volumen de tapas negras con una foto del rostro contorsionado de Adolf Hitler en la portada: *The Second World War*, de un tal John Keegan.

En las dos paredes restantes colgaban reproducciones de cuadros que conocía a fuerza de encontrarlos en otras casas y en anuncios publicitarios: *El nacimiento de Venus*, *La última cena*. El de mayor tamaño mostraba a una mujer decapitando a un hombre barbudo con una espada. Una segunda mujer le ayudaba a someter al desdichado. La expresión en el rostro del hombre era agónica, pero las mujeres no mostraban pesar alguno por su acción. La que usaba la espada parecía más preocupada por no manchar de sangre su vestido. Me cautivó la violencia que brotaba del cuadro y me pregunté si tendría que ver con la decapitación de Aaron. Hice una foto con el móvil para averiguar el título y el autor.

Salí a respirar el aire fresco de la noche y encontré al capitán fumando en el porche, sosteniendo en la mano izquierda un cenicero de cartón improvisado. A su lado, Matt Hamblin escribía en su cuaderno.

—Interrogamos a la enfermera y a la mujer que viene a hacer la limpieza. Y a ese chico Connor Sullivan. Sullivan es el

repartidor del Fitzgerald's, un restaurante especializado en carnes en el bulevar Causeway. Sullivan fue la última persona que vio a Aaron con vida, además del malnacido que lo asesinó. Mañana tendrá una copia de las transcripciones —explicó el capitán.

—También entrevistamos a los vecinos de esta manzana y ni-ni. Nadie vio ni escuchó nada. ¿Cómo carajo pudo alguien entrar, asesinar a ese infeliz y llevarse su cabeza sin ser visto por alguien del vecindario? —se quejó Hamblin.

Pensé que no era tan complicado si el asesino había llegado desde el lago. Ese lunes tuvimos luna nueva, la noche más oscura del mes.

—Le avisamos a las hijas y al hijo. Se supone que llegarán este miércoles —intervino Cooper.

Hamblin asintió y releyó sus notas.

—Dos hembras y un varón. Sharon, la mayor, vive en Atlanta y enseña en la Universidad Estatal de Georgia. Hannah vive en Boston y es profesora en el Instituto de Tecnología de Wentworth. Elijah, el varón, reside en Houston y trabaja en el Centro Espacial Johnson. Se supone que el chico es un genio en tecnologías de la información.

—Supongo que Aaron tenía una agenda donde anotaba nombres y teléfonos de sus relaciones. Y que conserva fotos familiares en un álbum o en un cajón —comenté.

Cooper apagó el cigarrillo en el improvisado cenicero y se rascó el cuero cabelludo.

—Es una de las piezas que recogimos y la están analizando para ver si tiene algún ADN que no sea el de Aaron —dijo—. Las fotos que encontramos están en el departamento.

—¿Ese yate en el muelle es de Aaron? —pregunté.

—Positivo, detective. Aaron era un fanático de la navegación y de la pesca. En una ocasión enganchó un sargo chopa de

diez kilos. Entiendo que es uno de los ejemplares más grandes que se pescaron en el lago —respondió el capitán.

—¿Qué tal si vamos a comer algo? Ese Fitzgerald's tiene las mejores carnes de toda la comarca. Y a lo mejor ese chico Connor Sullivan está y podemos darle una segunda pasada —propuso Hamblin.

Respondí que me quedaría un rato y los llamaría cuando estuviera listo para cenar. Cuando se fueron, rodeé la casa y seguí el camino empedrado que comunicaba la puerta trasera con el muelle. Había una franja de tierra de unos cuatro metros entre el muelle y la hierba que crecía en el límite de la propiedad. Al otro lado del muelle, la orilla del lago era una franja de rocas y guijarros pulidos. Calculé que si el agresor había llegado a la propiedad desde el lago debió atracar en el muelle y caminar por esa franja de tierra.

Regresé a la casa y abordé al primer técnico que encontré en la sala.

—¿Buscaron evidencias de calzado? —pregunté.

—Cuando llegamos, el capitán y el sargento ya habían entrado en la casa. Sin cubre zapatos, así que sus huellas estaban adentro, mezcladas con otras. Hicimos una búsqueda en ese camino de entrada, en el porche y en la cochera. Seguro conoce el dicho: la única evidencia de calzado que no se encuentra es la que no se busca.

—¿También en el camino detrás de la casa?

—Lo descartamos porque la puerta trasera estaba cerrada por dentro con una barra. Nadie pudo entrar por ahí.

Le expliqué lo que quería y fue a buscar su maletín. Marchamos en silencio hasta la franja de tierra contigua al muelle. El técnico demoró un par de minutos considerando el mejor ángulo antes de acercarse y examinar la superficie con una iluminación oblicua.

—Si hay huellas, no son visibles a simple vista. Tendré que usar el detector electrostático —murmuró.

Lo observé durante la siguiente media hora, cubriendo diferentes tramos de terreno con las películas de poliéster y aplicándoles un alto voltaje, para que las cargas electrostáticas transfirieran las impresiones del terreno a las películas. Después retiraba con cuidado la película de la superficie y la fotografiaba antes de guardarlas en carpetas de manila.

Cuando terminó de guardar el equipo, se frotó la parte baja de la espalda.

—Hay huellas bien identificadas. Veremos si hay suerte con el SIJP[1].

Le pregunté si tenía idea de qué tipo de huellas.

—Detective, si tengo la impresión completa lo máximo que puedo hacer es estimar la altura y el peso de la persona. Es una estimación aproximativa. No voy a ir a un juicio y testimoniar que el sospechoso es culpable porque su huella es de la talla cuarenta y dos y el tipo mide un metro setenta.

Le agradecí y seguí a inspeccionar el yate. Era un Catalina 275 Sport, un yate de quilla de unos ocho metros de eslora dotado con una gran vela triangular que se desplaza a una u otra banda al virar, lo que hace que sea rápido y fácil de navegar. Las bolsas de estiba a lo largo de los lados del casco contenían un par de binoculares y dos juegos de camisetas y pantalones cortos. Descendí la escalerilla, entré en la cabina y pulsé el interruptor. Las lámparas LED acentuaron el blanco reluciente de los acabados interiores. Aaron había montado una rejilla para las varas de pescar en el techo de la cabina. Distinguí cañas giratorias, de surf y de currican, todas de grafito.

1 Sistema de información de justicia penal: base de datos de archivos de calzado y bandas de rodadura de neumáticos del Buró Federal de Investigaciones (FBI).

En los armarios había anzuelos, señuelos y cebos para elegir, flotadores y plomadas, un garfio, alicates y guantes para quitar el anzuelo, un cuchillo para filetear, un botiquín de primeros auxilios y un pequeño bote de goma inflable. En un cajón encontré una Nikon D810 y un estuche de material resistente al agua para memorias USB. Dentro había un lápiz de memoria de 16 megabytes. Me guardé el estuche y miré las fotos en la memoria de la cámara: una colección de truchas manchadas —una era grande, quizás de setenta centímetros—, gallinetas nórdicas que se abren paso en septiembre desde el Golfo de México hacia el lago para pasar el otoño y el invierno, lobinas negras que suelen congregarse en aguas poco profundas y bagres azules de carne blanca y firme. Había imágenes algo borrosas de un tiburón toro de unos dos metros de largo mostrando el hocico ancho y redondeado y los ojos pequeños de mirada letal.

Cuando regresé a la cubierta, el manto de estrellas sobre mi cabeza se extendía hasta el infinito. Al otro lado del lago, las luces alborozadas de Nueva Orleans alumbraban el cielo nocturno. Llamé al capitán Cooper y acordamos encontrarnos en el Fitzgerald's en unos cinco minutos de hora.